

Comentario al evangelio del domingo, 22 de enero de 2017

Queridos hermanos:



Mateo, no duda en copiar el texto de la primera lectura de hoy del profeta Isaías: “País de Zabulón y país de Neftalí, camino del mar, al otro lado del Jordán, Galilea de los gentiles. El pueblo que habitaba en tinieblas vio una luz grande; a los que habitaban en tierra y sombras de muerte, una luz les brilló”. Con una intencionalidad, que traslada a Jesús, de Nazaret a Cafarnaúm, que será a partir de ahora, el centro de su actividad evangelizadora. Lo que nos trasmite, es que Jesús va a empezar su predicación, no en Judea o en Jerusalén, sino en la Galilea de los paganos, en las fronteras de la increencia. Toda una declaración de intenciones, que conecta con el anuncio hecho por los profetas.

“Entonces comenzó Jesús a predicar diciendo: Convertíos, porque está cerca el Reino de los cielos”. Su preocupación es el Reino y en ésto consiste nuestra conversión actual. Acostumbrados a que las cosas sean o blancas o negras, existe una clara diferencia, entre convertir a todos los hombres en cristianos y llamar a todos los hombres, a sentirse participes del Reino. En el primer caso la Iglesia, la Parroquia, trabaja para sí misma, para ensanchar su número y sus ofertas; en el segundo, procura servir a los hombres, inmersa en las fronteras y periferias, para que el Reino de la justicia y de la paz, que ya está en germen (las semillas del Verbo que decía el Concilio Vaticano II), surja en cada persona.

Que en nuestra pastoral habitual confundimos ambas cosas, está claro, queremos pescar gente para la Iglesia, más que pescar gente para el Reino. Por eso valoramos más, a los que se dedican en nuestras parroquias a las acciones internas: catequesis, liturgia...; que aquellos que están en las fronteras del mundo, en la Galilea de los gentiles. Resolver este dilema es fundamental: ¿no suena a veces ridículo, que mientras nuestro país se debate en un cambio político, en una crisis social y económica profunda; o Europa no es capaz de acoger a los que escapan de la guerra; nosotros discutamos cosas secundarias sobre los ritos y estructuras?

Siguiendo el texto, Jesús configura su grupo de discípulos, de forma diferente a como hacían los líderes de la época. Éstos acogían a quienes solicitaban entrar. Jesús sin embargo, llama a quienes quiere incorporar a su grupo. (No es cuestión de recordar como son nuestras convocatorias). El atractivo de su llamada es irresistible y les hace capaces de renunciar a su familia y a su trabajo para seguirle. Lo que supone una ruptura no sólo afectiva, sino de todas las seguridades, invita a vivir un nuevo estilo de vida. Curioso, escoge a un grupo reducido de gente, doce, setenta y dos, todos ellos galileos, menos Judas el traidor que es de Judea, pescadores en su mayoría, no dirigentes religiosos. Como queriéndonos decir, que si el Reino es universal, la Iglesia puede ser un grupo pequeño sin complejos, que está llamado a prefigurar ese Reino.

Pedro, Andrés, Santiago y Juan, antes de dejar las redes, seguro que en su interior deseaban algo distinto. El relato de hoy no nos cuenta su proceso, que sabemos necesitó tiempo, crisis y momentos intensos, como nuestros procesos. Ellos soñaban con: “proclamar en Evangelio del Reino, curando las enfermedades y dolencias del pueblo”, esperaban ardientemente un cambio de sistema, de relaciones. En su corazón resonaba lo anunciado por los profetas, por eso, lo dejaron todo ante la llamada y su decisión cuestiona nuestros sueños, compromisos, comodidades, materialismos, individualidades e insolidaridades. Hemos sido llamados por nuestros nombres, para hacer ver que Dios, está en medio de nosotros guiando la historia y uniendo a toda la familia humana. Algo de esto, distinto, debe anidar en todo los cristianos.

Podríamos terminar con la segunda lectura de San Pablo a los Corintios: “No me envió Cristo a bautizar, sino a anunciar el Evangelio, y no con sabiduría de palabras, para no hacer ineficaz la cruz de Cristo”. Eso es lo que llevamos demasiados años discutiendo, cómo pasar de una Iglesia o parroquia sacramental o de mantenimiento, a una parroquia misionera o evangelizadora. Acogiendo y saliendo, estando dentro y afuera, pero sobre todo, sintiéndonos llamados por Jesús a la urgencia de la conversión, a la Buena Noticia, al Reino. Hace falta tomarse en serio la llamada y sumar esfuerzos, para que en toda nuestra tierra, veamos brillar una luz grande. ¿Te animas a dejar las redes, a ser pescador de hombres y de paso, a meterte dentro de la red que es el Reino?

PD: Sigamos pidiendo por la unidad de todas las Iglesias y celebramos hoy la Jornada de la Infancia Misionera.

Julio César Rioja, cmf

Publicado en Ciudad Redonda

